

Las deudas como frontera del cuerpo

Carlos es un compañero de trabajo, hace unos días estuvimos charlando porque se reincorporó al trabajo luego de una enfermedad muy grave. Hablamos de su salud, de la familia, de su hijo que ya está enorme, del trabajo de su señora, de política, de fútbol, y obviamente chusmeamos cosas del trabajo. Pero en un momento la charla derivó en su situación económica (hoy es casi imposible no hablar de eso). Me contó que estaba preocupado por el alquiler, que se lo quieren aumentar y no sabe si se va a tener que mudar, pero que lo que no lo dejaba dormir era ver cómo hacía para pagar un préstamo que había sacado para poder pagar una deuda con la tarjeta de crédito con la que estuvo financiando compras de alimentos, medicamentos y servicios. Me lo contó con una mezcla de indignación, angustia y miedo, y realmente no supe que decirle, solo enterarme cuál puede ser el próximo capítulo de mi -también endeble- situación financiera si ocurriera algún imprevisto que me obligara a hacer gastos adicionales a la supervivencia. Claudio es un buen compañero, responsable, siempre laburó, su señora también, pero parece que con eso hoy no alcanza.

Hay un momento histórico en el que el salario deja de ser una variable económica y se convierte en una frontera biológica. No es solamente lo que se cobra por hora, no es solamente el número que figura en el recibo, es la línea que separa un sistema nervioso en alerta permanente de un sistema nervioso que puede descansar, es la diferencia entre un cuerpo tensionado por la anticipación de la deuda y un cuerpo que puede proyectar. En la Argentina reciente, esa frontera se desplazó hacia abajo. La hora trabajada no solo perdió poder adquisitivo: perdió capacidad de aliviar el miedo anticipatorio de las deudas.

Cuando el salario se achica y la deuda crece, lo que se comprime no es solo el consumo: se comprime el pecho, se acorta la respiración, se altera el sueño, se reduce la capacidad de pensar a mediano plazo. Por eso, si queremos recuperar el valor de la hora trabajada, el primer movimiento no puede ser simbólico ni declamativo: tiene que ser fisioeconómico. Hay que descomprimir.

Radiografía de una renta concentrada

En 2025, los bancos argentinos cerraron con utilidades netas del orden de USD 2.450 millones, con un ROE cercano al 4,4% . La composición de esa ganancia fue clara: 45%

proveniente de títulos públicos, 35% de préstamos al sector privado y 20% de servicios y comisiones . Es decir, una parte sustantiva de la renta financiera sigue descansando en la intermediación con el Estado y en el crédito a familias y empresas.

En paralelo, el ecosistema fintech facturó alrededor de USD 1.850 millones y obtuvo utilidades netas estimadas en USD 380 millones, concentradas mayoritariamente en tres jugadores dominantes . Las tasas nominales que superan el 80% anual en microcréditos no son una abstracción contable: son noches sin dormir, son discusiones familiares, son decisiones postergadas por miedo.

Aquí no se trata de demonizar al sistema financiero. Se trata de entender que, bajo las reglas actuales, la supervivencia cotidiana se transformó en activo rentable. La deuda de subsistencia se convirtió en uno de los motores de la rentabilidad. Y eso tiene consecuencias económicas, pero también neurológicas.

De Mercado Pago a Mercado Deuda

Entre 5,2 y 5,7 millones de personas mantienen deudas activas con fintech, y aproximadamente 3,8 millones pertenecen al sector informal o de bajos ingresos que utiliza esos fondos para subsistencia . El saldo promedio ronda \$1.200.000 por persona a inicios de 2026 , y el 70% de ese financiamiento se destina a alimentos, medicamentos y servicios básicos .

La morosidad alcanzó el 24,6% en febrero de 2026 . Uno de cada cuatro hogares que pidió dinero para comer o pagar la luz ya no puede devolverlo. La deuda nominal en mora de este sector asciende a unos USD 1.400 millones , pero en el mercado secundario esas carteras se transan entre el 5% y el 15% de su valor nominal . Tomando una valuación conservadora del 10%, el costo de compra para el Estado sería del orden de USD 140 millones .

El dato técnico es contundente, pero lo decisivo es su traducción corporal: millones de personas viven con la amenaza de llamadas, mensajes, intereses acumulados, refinanciaciones que nunca terminan. Esa presión sostenida activa mecanismos de estrés crónico que reducen la capacidad de concentración, aumentan la irritabilidad, deterioran la salud mental y física. La deuda no es solo un pasivo contable; es una carga fisiológica.

Plástico

En el sistema bancarizado, alrededor de 11,5 millones de personas mantienen saldos pendientes en tarjetas de crédito, con una deuda promedio cercana a \$3.700.000 . El 46% de las compras en supermercados se realiza con tarjeta , y buena parte de ese gasto corresponde a alimentos, medicamentos y servicios.

El costo financiero total oscila entre 157% y 200% anual , y cerca del 35% de los usuarios queda atrapado en la refinanciación permanente. La morosidad bancaria de familias llegó al 9,3%, con aproximadamente \$2,7 billones en mora técnica en consumo.

Y acá una idea emerge como respuesta. Recuerdo que en 2008 los Estados salieron a rescatar Bancos por la crisis de deuda hipotecaria o burbuja inmobiliaria. Si el Estado adquiriera esa cartera irregular al 20% de su valor, el costo rondaría los USD 540 millones . Sumados los segmentos fintech y bancario, el rescate total de la deuda en mora por consumo básico ascendería a unos USD 680 millones , cifra equivalente al 27% de las utilidades netas del sistema financiero de un solo año.

La economía argentina produce en doce meses suficiente renta financiera como para limpiar la totalidad de la deuda tóxica de subsistencia acumulada en ese mismo período. La pregunta no es si se puede; la pregunta es si se quiere.

El Fondo de Desendeudamiento: técnica y alivio

Un gravamen extraordinario del 20% sobre utilidades netas del sector financiero recaudaría aproximadamente USD 566 millones anuales, con ese monto, el Estado podría adquirir la totalidad de la deuda en mora informal y una parte sustantiva de la bancaria a valores de mercado, generando incluso un excedente.

La operación es técnica, pero su efecto es humano. Una familia cuya deuda nominal de \$1.000.000 fue adquirida por el Estado al 15% —\$150.000— podría enfrentar un esquema de devolución por \$300.000, en cuotas que no superen el 20% de su ingreso . El Estado recupera más de lo invertido reincorporándolo al fondo para sanear otras deudas de familias, el sistema limpia balances y la familia reduce drásticamente su carga.

Pero lo esencial no es solo la ecuación financiera. Lo esencial es que el ingreso liberado deja de destinarse a intereses usurarios y vuelve al consumo real. Con una propensión marginal a consumir cercana a uno en estos sectores, cada peso liberado se transforma

inmediatamente en demanda efectiva, con un impacto estimado entre 2,5 y 3,8 puntos del PBI en el primer año .

Eso significa fábricas con más turnos, comercios con más ventas, empleo que se recompone. Significa también algo menos visible pero decisivo: cuerpos que bajan varios puntos la tensión basal.

Relajar para producir, producir para relajar

La industria operó en 2025 al 60% de su capacidad instalada, o sea que existe margen para expandir producción sin presionar inmediatamente sobre los costos. Si el alivio se implementa de manera gradual, coordinado con acuerdos sectoriales y monitoreo de oferta, el riesgo inflacionario puede administrarse.

Sin embargo, incluso esta dimensión macroeconómica debe leerse en clave corporal. Una economía que solo ajusta por salario y por miedo es una economía que deteriora la salud colectiva, una economía que ordena la macro pero ignora la ansiedad social, genera una bomba política. El desendeudamiento masivo no es un gesto asistencial: es una política de estabilización integral. Reduce el riesgo sistémico financiero, pero también reduce el riesgo sistémico social.

Porque cuando millones de personas viven en estado de alerta, la conflictividad se acumula, y el mercado, que también contempla expectativas, sabe entender que no hay previsibilidad posible para la ganancia sobre un suelo de cuerpos exhaustos.

Recuperar la hora, recuperar el tiempo

Recuperar el valor de la hora trabajada no es solo mejorar el salario nominal; es impedir que esa hora nazca ya hipotecada. Es permitir que el trabajador no destine su energía psíquica a calcular cómo llegar a fin de mes, sino a pensar cómo crecer, cómo aprender, cómo crear. El alivio financiero es, en este sentido, una política de salud pública.

Si el capitalismo acelerado nos convirtió en cuerpos agotados por la presión del pluriempleo, la deuda y la captura de la atención, el Estado del alivio debe empezar por liberar, liberar el ingreso, pero también liberar el sistema nervioso, liberar el tiempo mental.

El plan de desendeudamiento es una herramienta técnica rigurosa, sustentada en cifras concretas, financiable con una porción razonable de la renta financiera existente. Pero su

sentido último es más profundo: descomprimir la caja macroeconómica que aprisiona a los cuerpos y devolverles margen vital.

Un límite a la aspiradora financiera

Hay una pregunta que no puede eludirse si este proyecto pretende ser algo más que un gesto moral o un simple traslado contable: ¿qué impide que el sistema financiero recupere por la vía de la tasa lo que el Estado le quite por la vía del gravamen? Porque si el impuesto a la renta extraordinaria termina traducéndose en un aumento de intereses al consumo, entonces nada habrá cambiado, el Estado habrá captado recursos para el fondo de alivio, pero los bancos y las fintech habrán recompuesto su rentabilidad drenando nuevamente el salario, y el costo volverá, como siempre, al mismo lugar del que intentábamos sacarlo, al cuerpo que trabaja.

Por eso esta política no puede ser solo tributaria, debe ser estructural, debe intervenir simultáneamente en la arquitectura de incentivos y en el marco regulatorio, porque el problema no es únicamente cuánto gana el sistema financiero, sino cómo lo gana y sobre quién descarga el ajuste cuando su margen se reduce. Si el régimen vigente permite el traslado automático a tasa, el salario seguirá siendo la variable de ajuste permanente y cualquier mejora nominal quedará neutralizada por la aspiradora del interés compuesto, que no necesita violencia física para expropiar, le alcanza con una planilla de cálculo.

El primer movimiento, entonces, es explícito: la ley que cree el Fondo Anticíclico de Alivio Familiar debe incorporar una cláusula de no traslado a tasa durante el período de vigencia del gravamen, habilitando al Banco Central a fijar bandas máximas de spread para créditos al consumo y a monitorear el margen financiero neto sobre activos de las entidades alcanzadas, no como congelamiento arbitrario sino como regulación técnica de sectores sistémicos, del mismo modo en que se regulan tarifas energéticas o telecomunicaciones cuando el mercado, por su concentración, no se disciplina por sí solo. No se trata de intervenir caprichosamente, sino de impedir el pass-through automático del impuesto hacia el trabajador endeudado que todavía no entró en mora.

Pero regular no alcanza si no se modifican simultáneamente los incentivos. Una parte sustancial de la rentabilidad bancaria reciente provino del arbitraje con instrumentos públicos, de tasas elevadas que ofrecían rendimientos seguros muy por encima del crecimiento de la economía real, generando un ecosistema donde resultaba más rentable financiar al propio Estado que financiar producción o consumo sostenible. Si el Estado

reduce gradualmente esa renta extraordinaria del carry trade y reorienta el negocio financiero hacia el crédito productivo e hipotecario estable, el sistema pierde margen para compensar subiendo tasas al consumo sin perder mercado. No se trata de asfixiarlo, sino de desplazar su centro de gravedad, de una rentabilidad especulativa de corto plazo a una rentabilidad vinculada al desarrollo interno.

En paralelo, la banca pública debe funcionar como disciplinadora concreta y no como enunciado. Si el Banco Nación, el BICE y las entidades provinciales ofrecen refinanciamientos razonables y líneas de consumo reguladas, las fintech y los bancos privados no podrán elevar tasas sin arriesgar cartera, porque la competencia real, cuando existe, es más eficaz que cualquier decreto. En el marco de otros proyectos que puedan financiar créditos a través de captura de renta extraordinaria, comenzamos a subordinar al sistema financiero otra vez hacia la lógica de la economía real, basada en la productividad y el trabajo.

Hoy muchas plataformas cobran lo que quieren porque no existe alternativa para el trabajador informal o precarizado; si esa alternativa aparece, el precio del crédito comienza a ordenarse. A su vez, el diseño del gravamen puede incorporar progresividad según conducta, estableciendo alícuotas menores para entidades que mantengan spreads dentro de parámetros razonables y mayores para aquellas que los excedan, transformando el impuesto en una herramienta de ingeniería de incentivos y no en un castigo ideológico. El mensaje es claro: quien acompañe el proceso de estabilización social paga menos, quien intente compensar vía usura paga más. Es un reequilibrio del poder de negociación dentro del propio capitalismo argentino.

Hay además un componente estructural que debe ser explicitado, porque suele omitirse en el debate público: si el Estado compra y limpia cartera incobrable, reduce riesgo sistémico, mejora balances y disminuye provisiones por mora, lo que constituye un beneficio financiero concreto para las entidades. Es decir, el sistema no solo pierde con el gravamen, también gana con la estabilización. En un contexto de morosidad creciente, evitar la explosión de la burbuja es también proteger al propio sistema financiero. La política del alivio no es anti-sistema; es anti-fragilidad.

Finalmente, existe una dimensión política que no puede ser ingenuamente descartada. Si el Estado comunica con claridad cuánto se recauda, cuánto se destina al alivio y qué entidades intentan trasladar el costo pese a utilidades extraordinarias, el costo reputacional comienza a operar. Los bancos necesitan estabilidad macroeconómica y

previsibilidad institucional; quedar asociados públicamente a la defensa de rentas excepcionales mientras millones están endeudados por alimentos no es neutral. El equilibrio de poder también se construye con transparencia.

Porque en el fondo, lo que se está discutiendo no es un impuesto ni una tasa, sino el derecho del salario a no ser aspirado automáticamente cada vez que intenta recomponerse. Si el sistema financiero puede capturar cualquier mejora vía interés, el valor de la hora trabajada nunca se recupera, y la política económica se convierte en una carrera infinita donde el trabajador corre siempre detrás de una cuota que se recalcula sola. La política del alivio exige apagar esa aspiradora, no para destruir el crédito, sino para devolverle al trabajo la posibilidad de sostener la vida sin estar permanentemente sitiado.

Y eso, inevitablemente, no es solo técnico, es distributivo, es decidir que el salario deja de ser la variable de ajuste automática y que el sistema financiero, como cualquier otro sector de la economía, debe operar dentro de límites que preserven la integridad de los cuerpos que sostienen todo lo demás.